

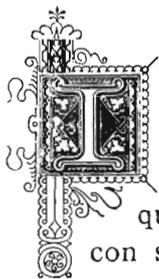


VII.

BUGIA, TRÍPOLI, LOS GELVES.

1509-1511.

Grandioso proyecto del rey D. Fernando.—Segundo socorro á Arcila.—Toma de Bugia.—Muerte del conde de Altamira.—Vasallaje de Argel y de Túnez.—Conquista de Trípoli.—Medalla acuñada en memoria.—Los Gelves.—Desastre.—Más desdichas.—Naufragios.—Rota de los Querquenes.



INDECIBLE entusiasmo produjo en España la nueva de la ocupación de Orán, celebrada con alegrías públicas al grito de «Africa por D. Fernando», que empezó á sonar en Mazalquivir. El mismo rey, con ser tan reservado, no disimulaba la satisfacción, mostrándose dispuesto á seguir las indicaciones del Papa (que en Roma había solemnizado también el triunfo de las armas españolas), continuando la guerra africana, acometiéndola en persona y extendiendo las miras á detener los progresos de los turcos con la ocupación de la costa frontera hacia Levante, hasta Alejandría si era menester, y aun Tierra Santa.

Bajo la impresión de estas ideas grandiosas ordenó reclutamiento de veinte mil infantes españoles, siete mil alemanes, mil gastadores, dos mil quinientos hombres de armas, seis mil jinetes, con distinción de mil quinientos de ballesta ó espingarda, teniendo por capitanes, nobles y caballeros de los más distinguidos en las guerras anteriores. Para el tren de



artillería se destinaban setenta y dos piezas de diversos pesos; para el transporte entraban en el cálculo cien naves gruesas de los puertos de Guipúzcoa, ciento de los de Vizcaya y treinta de las Cuatro Villas ¹. El Cardenal Cisneros recibió poderes y autorización para embargarlas sin número, en las costas, así como para acopiar mantenimientos y levantar compañías ².

Seguía siendo tan popular y gustosa la guerra tradicional á los moros, que acudía á ofrecer sus servicios más gente de la que hiciera falta, queriendo en masa pasar al Africa en los días en que se acarició el colosal pensamiento de la conquista, moderado luego con insinuaciones del Pontífice, primero en fomentarlo, y con las consecuencias del tratado de Cambray. Una parte de la fuerza reunida hubo de acudir por necesidad á Italia; otra se mantuvo en los puertos de España, decidido, por supuesto, que el rey no saliera de la Península, reduciéndose el proyecto magno á la composición completa de dos escuadras, una en Mazalquivir, destinada á embarcar á las órdenes de Pedro Navarro los soldados de más en Orán, con los que libró segunda vez á la plaza portuguesa de Arcila ³, otra regida por Jerónimo Vianello, despachada con pliegos secretos que debía de abrir en alta mar. Se reunieron en las islas de Ivizá y Formentera, con fuerza de veinte naos. y de cuatro ó cinco mil hombres de guerra, recibiendo allí Navarro, como Capitán general, orden de atacar á Bugía, (*Bugeija* de los árabes), plaza fuerte situada en terreno áspero al pie de una montaña, con puerto concurrido; móvil principal de la jornada, por ser arsenal y refugio de corsarios, Contaba, por ello, con mucha población, gobernada á manera de república, con independéncia de los reyes del interior.

El rigor de la estación invernal obligó á Navarro á no dejar el abrigo de las Baleares hasta el primer día del año 1510

¹ Zurita.

² Reales cédulas dadas en Cáceres en Diciembre de 1509. *Academia de la Historia, Colec. Salazar*, K. 4. El año, aunque muy claro y en letra en la copia, ofrece duda: acaso sea el anterior.

³ En Noviembre de 1509.



en que dió la vela. En Bugia no se le esperaba; causó honda impresión la vista de la armada, lo mismo que su disposición para desembarcar en seguida, indicada por las tafureas de los caballos. A toda prisa echaron de la ciudad los moros á la gente inútil, allegando ocho á diez mil peones divididos en la defensa de los muros y alcazaba, y en la del monte próximo. Rompieron al punto el fuego con más de cien cañones de toda especie, pero tan mal servidos, que ningún daño causaron á las naves, pasando los proyectiles por encima, mientras que los de la armada barrieron y despejaron la playa, favoreciendo el desembarco, que se hizo con mucha regularidad en la tarde del 5 de Enero. En seguida formó la hueste en dos cuerpos: uno que apechugó por la sierra, sostenido con artillería ligera; el segundo que fué derecho á la muralla de la ciudad vieja y arrimó las escalas sin más preparación. La resistencia no fué de estimar, influyendo, sin duda, la sorpresa y la reputación de los españoles en la pavora de los mahometanos. Cuando los asaltantes entraban por un lado, salían por el opuesto los alárabes en huída atropellada, juntamente con los que guarnecían la sierra.

De esta manera fácil, sin pérdida de hombres, se ganó la plaza en tres horas, la víspera de Reyes, hallando en las prisiones considerable número de cautivos cristianos, y en las casas botín con que contentar á los expedicionarios.

Navarro se aprovechó de la división que trabajaba á los berberiscos, á la que principalmente debe atribuirse su pronta victoria, acogiendo en la ciudad á un Muley Abdalla, sobrino de Abderrahmán y pretendiente del beyrato de Bugia, hasta entonces perseguido y preso. Le señaló un arrabal para alojarse con sus partidarios; le proveyó de armas, y con otras liberalidades se granjeó auxiliar más poderoso que el propio ejército.

Con los refuerzos que éste fué recibiendo de las Baleares y Cerdeña, determinó su jefe destruir el campamento formado por los moros en el interior, en constante amenaza á los invasores, á lo que salió de Bugia en la noche del 13 de Abril.

Las operaciones emprendidas no interesan al objeto de esta



narración: fueron brillantes y venturosas. Cayeron en manos de los españoles las tiendas, vajilla, joyas, mujeres, prisioneros de rescate, caballos, camellos, ganado lanar, si bien nubló el placer la muerte del conde de Altamira, capitán de grandes esperanzas, no de mano enemiga: de saeta escapada al disparador de uno de sus soldados.

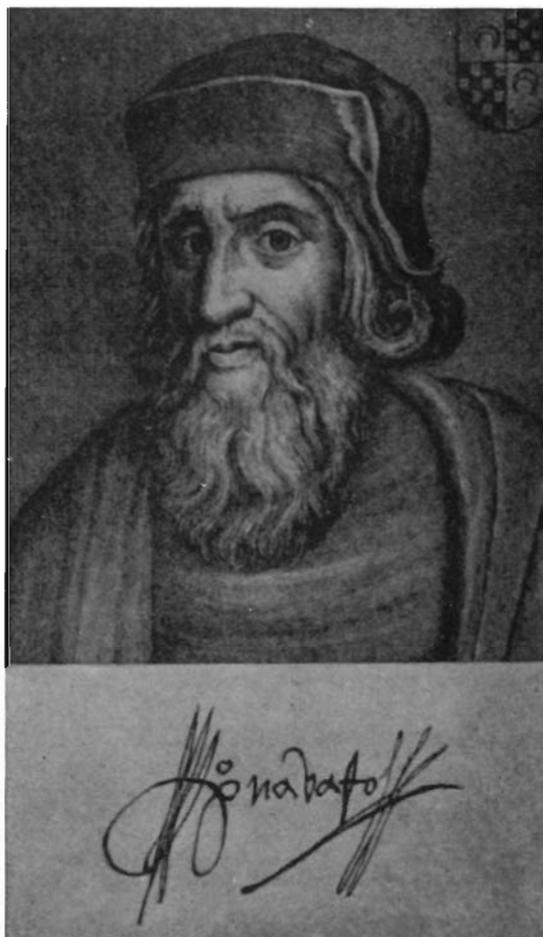
Antes que pasara el desaliento de los africanos intimó Navarro á los de Argel que dieran libertad á los cautivos, sometiéndose al rey de España, lo que hicieron, firmando convenio por el que el conde de Oliveto se obligaba, á nombre del Soberano, á conservarles su religión, leyes y privilegios, y los argelinos se reconocían tributarios, á reserva de enviar dos embajadores que en Zaragoza, á 24 de Abril, hicieron el acto de obediencia ratificando el tratado.

Siguió el ejemplo Muley Yahia, bey de Túnez, firmando en Bugia, á 23 de Mayo, tratado semejante de reconocimiento, entrega de esclavos cristianos y protección á las naves que aportaran ó naufragaran en sus términos. Lo hicieron luego los de Tredeliz ó *Ted-De-Lez* por su provincia; los de Mostagán, Téndoles y Guixar, de suerte que toda la costa desde Velez quedó sojuzgada, y aun el rey de Tremecén, hostigado por el alcaide de los Donceles, se redujo.

—¡Oh hazaña digna de alabanza!—escribía Pedro Mártir.— ¡Nada hay ya arduo ni difícil á los españoles; nada acometen al azar; atemorizan al Africa y la llenan de espanto!

No parecía bastante á Navarro, sin embargo, lo alcanzado; solicitando recursos de España y de Sicilia á la vez, fué juntando en la isla Faviñana, entonces desierta, 50 naos de gavia, 11 galeras y buen contingente de galeones, carabelas, fustas y tafureas; en todo, 150 velas grandes y pequeñas, contando las galeras de Mosén Soler, que en tantas ocasiones le habían servido, y las de la escuadra de Sicilia; dos naos de Diego de Valencia, el galeón de Diego de Medina, nombrádos expresamente en las relaciones, y los navíos de Cantabria. La gente

¹ *O laude dignum facinus! Nil jam Hispanis arduum, nihil aggrediuntur incassum. Africam formidine repleverunt.* Epistola 434.



Pedro Navarro.





de guerra ascendía á 14 o 15.000 hombres animados del mejor espíritu.

A 15 de Julio dió la vela declarando la jornada á Trípoli, plaza de tiempo antes reconocida por Vianello. Era ciudad rica, situada en llano arenoso, rodeada casi por la mar, con baluartes y torres, principalmente por la parte accesible, defendida además con foso. La guarnición no estaba desprevenida; conocía el proyecto por avisos de los venecianos, y día por día espiaba los aprestos hechos en Bugia. Computábanse los defensores en 14.000 hombres; tantos como los que iban á acometerlos, y sabedores de que guardaban lo suyo.

Navarro llegó á la boca del puerto el 25 de Julio, día de Santiago; lo embocó bajo el fuego de la artillería, respondiendo las naos con superioridad; pronto desmontaron casi todas las piezas y se inició el desembarco amparado por la artillería de proa de las galeras, inteligentemente situadas. A las nueve de la mañana estaban formados los escuadrones y en marcha. Así hacía las cosas el de Oliveto. Lanzó incontinenti 11.000 hombres al asalto por la parte de tierra, conservando una reserva de 3.000, con orden de que á su tiempo escalaran el cuartel de la marina compañías de las naos.

Por allí poco adelantaron; era muy fuerte el lugar; no obstante, Juan de Isasti asaltó con las embarcaciones á tres de las torres del circuito ¹. Por el istmo fué otra cosa; ganóse la puerta llamada de la Victoria (buen nombre) cerca de la Alcazaba. No hubo calle ni plaza donde no se peleara, teniendo los asaltantes varias veces que retroceder y repararse; y tan cansados estaban unos y otros, dice Mármol Carvajal, que muchos se sentaban alternativamente, no pudiendo sostener las armas. Dáse á entender que no se pareció este asalto á los de Orán y de Bugia, y lo prueba haber cerrado la noche sin decisión de la contienda. Con la obscuridad penetraron los nuestros en la mezquita, acuchillando á los refugiados, que serían los débiles. Su gritería fué de más efecto que las

¹ Juan de Isasti era natural de Rentería; por su arrojo en Trípoli obtuvo merced de escudo de armas con tres torres y las tres banderas ganadas. Colecc. *Varga-Ponce*. Leg. de Almirantes, letra Y, y Marinos de Guipuzcoa, núm. 438.



espadas; desmayaron oyéndola los defensores de las torres y de la alcazaba, dándose á partido.

Aceptando las cifras que apuntaron los escritores del tiempo, en término medio, murieron 5.000 moros en la acción; los prisioneros fueron muchos, incluso el jeque con toda su familia; el saco inmenso; los cautivos libertados 170, los más sicilianos. En el puerto se tomaron una cábela de 100 toneles, sin jarca; una galera de 22 bancos, nueva, aun no acabada de calafatear; dos fustas de á 18 bancos en el mismo estado; cinco *grifos*, con los bateles y embarcaciones menores, de que hizo mercedes el Conde.

El 27 de Julio venía hacia el puerto un navío de turcos de los que llaman *escoazos*, «que tienen su castillo á proa como nao, y debajo del castillo un espolón ó artimón ó maina, así como galeón ¹», procedente de Alejandria, con especias, ignorando la novedad. Llegando cerca, receló con la vista de tantas naves y tomó la vuelta de afuera; salieron á él cuatro galeras en seguida, cortándole la retirada, por lo que embarrancó en la costa y escaparon los turcos; la embarcación se trajo al puerto. Otro tanto aconteció con tres *cirbos* de la Belona y con varias embarcaciones menores que fueron llegando en los siguientes días.

De nuestra parte, no contando los heridos, perdieron la vida 300 hombres, entre ellos el almirante Cristobal Lopez de Arriarán, que había asistido á las empresas anteriores de Africa ².

La conquista de Trípoli se reputó como una de las famosas de la edad; en Roma la aplaudieron doblemente por el concepto en que se tenía de inexpugnable; en Sicilia se grabó por memoria medalla con un yugo ³; en Aragón, al recibir la nueva, votaron las Cortes espontáneamente gran subsidio para prosecución de la guerra africana, resucitando en don

¹ Relación anónima del tiempo.

² Era natural de Ichaso; después de cañonear a la ciudad desde el puerto, desembarcó con la gente de *ihar* y murió en el asalto.

³ Francisci Maurolyci, *Sicanica Historia*, citada por D. Martín de los Heros. *Petrus Navarrus cum classe ac copijs ex Hispania missus in Siciliam transfretavit, ac Tripolim expugnavit. Excusa fuit moneta iugo signata ob eius memoriam.*



Fernando el propósito de ir personalmente á dirigir la campaña con pensamiento de que los lugares de la costa no se podrían sostener si no se ganaba la tierra adentro ¹; mas en tanto que así discurría, tomaban los asuntos de Italia aspecto tan distinto del pronosticado, que hacia aquella parte tenían que dirigirse sus resoluciones, siendo primera la de suspender el envío de refuerzo á Pedro Navarro para que siguiera la guerra en Tunez, encomendando este encargo á D. García de Toledo, primogénito del duque de Alba, á fin de que el conde de Oliveto volviera á los campos en que empezó su reputación.

Mientras el nuevo General llegaba, por no tener ociosa á la tropa pasó Navarro á la isla de los Gelves con ocho galeas, á fin de reconocer bien sus condiciones. La isla es pequeña, rasa y arenosa, tan próxima al continente, que se comunicaba con él por un puente de madera. Abundaba en palmeras y olivares, entre las que tenían los moros alquerías y alguna que otra aldea de escasa importancia, escaseando mucho el agua que daban los pozos. No tenía más defensa que un castillo, más bien torre, construída por los catalanes cuando la dominaron en 1284, torre que, como dicho queda, entregaron los naturales á los españoles, y éstos despreciaron durante la segunda expedición á Italia del Gran Capitán; empero allí se refugiaban los corsarios después de hacer daño en Sicilia, Nápoles y Cerdeña, y Navarro quería deshacerles la guarida.

Disponía la ejecución á mediados de Agosto cuando se descubrieron quince naos gruesas *de dos y tres gavia*s que formaban la armada de D. García de Toledo, procedente de Málaga con 7.000 hombres de guerra. Descansaron unos días en Trípoli de la fatiga del viaje; volvieron á embarcar al mismo tiempo que la tropa de Navarro; llegaron al amanecer del 29 á la isla, y como está rodeada de arrecifes por la parte afuera, fondeando las naos á larga distancia, pasaron los soldados á las fustas y embarcaciones menores, y aun así hubie-

¹ Zurita.



ron de echarse al agua para ganar la playa, sin oposición. El jeque se había retirado con unos 2.000 infantes y 120 caballos que tenía, temeroso de la gran fuerza que llegaba y de lo ocurrido en Trípoli.

Dícese que estaba dispuesto el avance llevando Vianello la vanguardia; mas haciendo instancias D. García de aquel puesto de honor con los capitanes de su compañía, cedió Navarro á los deseos del joven ansioso de gloria, teniendo en cuenta la calidad de su persona, y dejóle escoger la gente que quiso ¹ y emprender la marcha.

Iban al principio en siete escuadrones, componiendo unos 15.000 hombres; en el centro la artillería; dos cañones gruesos, dos sacres y dos falconetes, de que tiraban los soldados por falta de bestias, llevando á hombros las pelotas y barriles de pólvora. Siendo más de las diez y media de la mañana cuando se inició el movimiento, abrasaba el sol, y á poco la gente caminaba con la lengua de fuera, cayendo algunos asfixiados, desmandándose muchos, tirándose al suelo los menos recios.

Llegada la delantera á un olivar en que había casas derribadas y á la inmediación pozos de agua potable, se dispersó la tropa con el ansia de beber, sin que amenazas ni palos bastasen á contenerla, y observándolo los moros ocultos en la arboleda, cargaron con vocería y estrépito. Lo que entonces aconteció, pena da contar: abultó el pánico el peligro á los que huían, y á su vez pusieron en desorden uno y otro escuadrón, hasta la retaguardia. En vano D. García con unos cuantos á caballo, que no llegarían á 15, intentó, con exhortaciones, detener el torrente miedoso; ni el verle desmontar, tomando una pica de las abundantes en el suelo, ni su ejemplo, peleando á pie en compañía de pocos caballeros, sirvió de otra cosa que de proporcionarle muerte honrada en expiación de su ligereza.

«¿Qué es esto, hijos míos y mis leones?—gritaba Navarro.—¡No solíades vosotros hacerlo así! Acordaos de lo que

¹ Zurita y Pedro Mártir afirman que hubo contestaciones desagradables entre ambos jefes, y que Navarro cedió alterando por completo su plan de resultas.



deciades en Trípoli. Vuelta, hermanos, vuelta: no hayais miedo, que moros son y pocos: otras veces habéis vencido muchos más; aquí conmigo, que nos va la honra y la vida.» Pero nadie le escuchaba en aquel espantoso desbarajuste, corriendo hacia la mar y queriendo subir á nado á las fustas y bateles, que los rechazaban cuidando de la propia seguridad.

Las galeras, después del desembarco de la infantería, habían dado vuelta á la isla en busca de la canal, con que fué mayor el daño, que á estar cerca de la playa espantaran á los moros con la artillería y recogieran más gente.

No pudiendo el Conde hacer otra cosa, se embarcó, por celar al menos el salvamento, siendo así que apenas un batel se arrimaba, lo acometían aun los que no sabían nadar, y-lo mismo á las otras embarcaciones, cargándolas tanta gente que las hacían encallar, y así se perdió una carabela y un galeón, que después no pudieron sacarse del arrecife, desfondados. Navarro hizo volver las galeras, ordenó que distribuyeran á los recogidos, á cada uno en la misma nao en que había venido. «Como un león que ve sus hijos perecer, andaba con las fustas, bergantines y navios de remo haciendo á todos embarcar; recogiendo más de 3.000 hombres, que pasaron la noche en tierra ¹.» Gracias á que en los moros hubo también temor, con asombro de su fortuna, y no se determinaron á separarse del olivar, no fué mayor la desdicha, que á seguir ellos el alcance, ninguno escapara de muerto ó cautivo; mas aconteció que si hubo muchos que se ahogaron con el ansia de subir á bordo, hubo todavía muchos más que murieron de sed y no pocos perdieron el juicio, haciendo visajes y locuras peligrosas ².

Con D. García de Toledo, padre que fué del gran duque de Alba, sucumbieron aquel aciago día más de 60 capitanes y caballeros de distinción, sin que se sepa á punto fijo á cuánto subió la cifra espantosa de los que mandaban. Quién la calculó, de los historiadores, en 4.000 hombres ³; quién la

¹ Relación citada.

² Idem.

³ Zurita, Mariana.



disminuyó á 3.000 y 2.000 ¹; quién, por fin, á 1.500, los 1.000 de sed y los restantes muertos, heridos y contusos ².

Discrepan otro tanto en la apreciación de los causantes del destrozo, desde 3.000 moros de á caballo, con mucho peonaje ³, hasta 150 de á pie y unos 60 á caballo ⁴, y todavía no admitía más que un total de 80 de los últimos, persona amiga de noticias ⁵.

El número es indiferente, una vez introducido en las filas el aguijón del miedo: éste es el que destruye con rapidez y magnitud incomparables con las armas; éste el que ha de prevenir, pues no ha de poder dominar nunca el caudillo. A semejantes conflictos conducen, el desorden, principalmente; el exceso de confianza propia, ó el menosprecio del enemigo á veces. En la guerra, donde el azar decide en casos la alternativa de la victoria ó del vencimiento, burlando los mejores presupuestos, el olvido de las prevenciones erigidas en regla por la experiencia se paga casi siempre cara-mente.

Se censuró mucho á Navarro, como en las desgracias aconte- ce, olvidando lo que en tantas acciones militares hiciera; se le acusó de mil modos, aunque no dejara de reconocerse que consistía su falta en la condescendencia habida con el joven deudo del Rey. Aun en nuestros días afea que no permaneciera en el campo y escapara del daño común, ya que no de la común deshonra, un escritor laureado ⁶. Desde el instante en que los pecados de presunción y de indisciplina del soldado español sufrieron castigo por mano de pocos moros, pobres campesinos, casi desnudos y sin armas, achacábanse al capitán las culpas, haciéndole responsable de to-

¹ Sandoval, *Historia del Emperador*.

² Mármol.

³ Mármol.

⁴ Zurita.

⁵ Pedro Mártir de Angleria.

⁶ Don León Galindo y de Vera, *Historia, vicisitudes y política tradicional de España respecto de sus posesiones de la costa de África*. Memoria premiada por la Real Academia de la Historia en el concurso de 1861. Memorias de la misma, t. xi. Madrid, 1888.



das. A la par de la fortuna le volvía la espalda la opinión. Lo mismo ha sucedido siempre.

Acabado el embarque, como dicho es, saltó viento muy fuerte del Norte, que es travesía, el 31 de Agosto, poniendo en gravísimo riesgo á la armada contra los arrecifes; dos carabelas y un galeón que rompieron las amarras, se hicieron pedazos sin remedio, salvándose muy pocos á nado ó asidos de la arboladura hasta el día siguiente, en que pudieron recogerlos los bateles.

El 3 de Septiembre, cambiado el tiempo, dió la vela la armada: las galeras hicieron rumbo á Nápoles; las naos hacia Trípoli, con harta desdicha, porque el mismo se declaró un levante duro que las dispersó, y como iban tan escasas de agua, pasaron tormentos indecibles. La carraca de Navarro arribó con pocas más al canal de la misma isla de Gelves; algunas atracaron la costa á pelear con los moros, por beber, no teniendo en nada ser muertos ó cautivos; las más ligeras de vela tomaron el puerto y tornaron á salir llevando pipas á los necesitados. Cuál fué á parar á Cerdeña, cuál á Malta, á Sicilia y aun á Cataluña; cuál sufrió penalidades todo el mes de Septiembre, como si no hubiera de tener fin el desastre.

Navarro reformó en Trípoli las compañías, despidiendo 3.000 hombres de los menos útiles y las naos que ganaban flete, con la presteza sin igual de su carácter. El 4 de Octubre estaba otra vez en la mar con 60 naos, grandes y pequeñas, y como 8.000 hombres de pelea, deseando entretenerlos con alguna empresa provechosa. Empero decididamente declinaba su estrella. Sorprendiéronle los temporales del equinoccio con furia más que suficiente á desparramar la armada, ¹ desapareciendo naves de que jamás ha vuelto á saberse, naufragando seis en la costa de Trípoli, de que únicamente 50 personas se libraron, teniendo que arribar las otras con más ó menos averías. La capitana del Conde, nao nueva de un Juan de Ochoa, de Motrico, fué á parar á la

¹ Consignó Pedro Mártir no haber visto los nacidos invierno tan crudo en Andalucía, y lo propio dijo de Italia Muratori. *Fu quel verno uno de più rigorosi che mai provase l'Italia.* Anual, 1511.



costa de Turquía y estuvo á punto de anegarse, llegando á duras penas, abiertas las costuras y agoviada la gente del trabajo de las bombas. En pocos días se habia reducido á la mitad su flota; mas como si tal cosa hubiera ocurrido, dió otra vez la vela con 30 navios y propósito de invernar en la isla Lampadosa.

El año de 1511 se significó con malignidad heredada del anterior. Dentro del puerto partieron las amarras, haciéndose astillas 20 ó 22 naos en el día y noche del 2 de Enero, entre ellas, un carracón genovés de 800 toneles, y no fué la suerte más propicia á los restantes en la isla de los Querquesnes, entre la de los Gelves y Túnez, adonde fueron buscando agua y ganado que abunda.

Bajó á tierra Vianello con más de 400 hombres á limpiar los pozos y preparar la faena, y haciendo á la ligera un atrincheramiento, se empeñó en pasar allí la noche, contra el parecer del General. Dicese que un alférez que guardaba rencor al veneciano por ofensas recibidas, avisó á los moros, preparando una sorpresa, que, en efecto, hicieron antes que amaneciera el 25 de Febrero, degollándolos á todos. Aunque la traición fuera cierta (que no está probada), el hecho enseña el estado de desmoralización de los soldados después de la derrota de los Gelves. Quinientos hombres, atrincherados como estaban, se defendieran de toda la morisma de la isla, á no dormir á pierna suelta, como suele decirse, con desprecio de las reglas rudimentarias de campaña ¹.

¹ Jerónimo Vianello, Vianeli ó Vianelli, en un principio mercader en los puertos de Berbería, era buen marinero y prestó excelentes servicios en las jornadas de África. Fué recompensado con el empleo de coronel y el hábito de Calatrava; distinción rara entonces. Apreciábalo mucho Navarro; no así los soldados, quejosos de su dureza y del proceder en el reparto del botín ó de raciones, que recordaba las primitivas aficiones mercantiles. Aludiendo á él, escribía el autor de la relación anónima citada, cuando el reparto de Trípoli: «Había causa para que culpasen, no solamente á quien tal hacía, pero al Conde que tal consentía, aunque de lo menos era él sabidor, pero él se descargaba con alguna persona que no es razón de que se diga, según su orden e hábito: lo que éste hacía y respondía se tenía por última y postrera voluntad del Conde.» Entre los papeles del Cardenal Cisneros, conservados en la Universidad Central, existe una carta original de Vianello, proyectos, presupuestos de campaña, planos y perspectivas de fortalezas



Que en las naves andaban igualmente en desuso las prácticas del servicio militar, acredita la presencia de mujeres en estas jornadas, la mala condición de los viveres, la falta de agua de que murieron muchos hombres y que obligó á los navíos á pedirla al jeque enemigo de los Gelves, después de vagar de playa en playa hasta el mes de Junio, que entraron los restos de la Armada en Nápoles, sin haber hecho en la costa de Trípoli á Túnez otra cosa de provecho, que la presa de un miserable cárabo ¹.

africanas dibujadas con soltura, según noticia el Sr. Jiménez de la Espada en el *Boletín de la Academia de la Historia*. Septiembre de 1894.

¹ Véase la relación anónima tantas veces citada en el apéndice número 6.

